



h.

El paso de la crítica  
(negativa) a la  
fundamentación (positiva)  
con un nuevo contenido de la política

*Abdiel Rodríguez Reyes*  
<https://orcid.org/0000-0001-9186-0986>  
Universidad de Panamá  
Transistmica, Panamá  
abdiel-rodriguezreyez@up.ac.pa

**Cita este capítulo:**

Rodríguez Reyes, A. (2021). El paso de la crítica (negativa) a la fundamentación (positiva) con un nuevo contenido de la política. En: Pérez Nava, D. A. y Burbano García, C. L. (Eds. científicos). *Por los caminos del pensamiento latinoamericano: liberación, interculturalidad y pensamiento crítico* (pp. 225-247). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali; Fundación Universitaria de Popayán.



## El paso de la crítica (negativa) a la fundamentación (positiva) con un nuevo contenido de la política

Abdiel Rodríguez Reyes

*El sujeto del conocimiento histórico  
es la clase oprimida misma, cuando combate.  
En Marx parece como la última clase esclavizada,  
como la clase vengadora, que lleva a su fin  
la obra de la liberación en nombre  
de tantas generaciones de vencidos.*  
Walter Benjamin, 2005

**Resumen.** Ante la necesidad de una teoría política arquitectónica que explique los procesos de transformación en curso y que cuente con la capacidad argumentativa para llegar a consensos entre comunidades y sujetos involucrados, es vital pensar en términos estrictamente tácticos, pero sin obviar nunca los estratégicos. Una tal teoría política, entonces, tiene que ser propositiva y trascender la autoimagen antagónica de los sectores alternativos al establishment de la modernidad capitalista, entre los que cabe mencionar dos grandes sectores: los gobiernos posneoliberales y los movimientos antisistémicos; además de las comunidades indígenas que no son ni posneoliberales, ni antisistémicas, pero sí fundamentales. Se trata, entonces, de superar la dicotomía de la autoimagen antagónica a partir de las analogías y puntos en común o comunales. En este sentido, para analizar este problema, en el presente artículo nuestro escenario es Abya Yala, territorio desde donde se han ensayado las más diversas y avanzadas propuestas tanto posneoliberales como antisistémicas; de modo que también puede ser donde se diriman los antagonismos producidos a lo interno de estas propuestas alternativas.

**Palabras clave:** teoría política, arquitectónica, posneoliberalismo, movimientos antisistémicos, modernidad, capitalismo, Abya Yala, antagonismo político.

**Abstract.** Faced with the need for an architectural political theory that explains the transformation processes currently underway and that has the argumentative capacity to reach consensus between the communities and subjects involved, it is essential to think in strictly tactical terms, while never disregarding the strategic ones. Such a political theory, then, has to be propositional and transcend the antagonistic self-image of the alternative sectors to the establishment of capitalist modernity, among which two major sectors should be mentioned: post-neoliberal governments and anti-systemic movements; in addition to the indigenous communities that are neither post-neoliberal nor anti-systemic, but fundamental. It is a question, then, of overcoming the dichotomy of the antagonistic self-image based on analogies and common or communal points. To analyze this problem in this paper, our setting is Abya Yala, a territory where the most diverse and advanced post-neoliberal and anti-systemic proposals have been tested; so that it can also be where the antagonisms produced within these alternative proposals are resolved.

**Keywords:** political theory, architectural, post-neoliberalism, antisystemic movements, modernity, capitalism, Abya Yala, political antagonism.

## I. Dos experiencias alternativas

Se requiere una teoría política arquitectónica que explique los procesos de transformación en curso; con la capacidad argumentativa para llegar a consensos entre comunidades y sujetos involucrados, los cuales tendrán en sus manos la tarea de materializar las transformaciones sociales para un nuevo orden mundial que esté centrado en la reproducción de la vida en plenitud y la reivindicación integral de los pueblos de *Abya Yala* y el mundo. En esa misma línea, es necesario, además, pensar en términos estrictamente tácticos, sin obviar los estratégicos. Esta teoría política arquitectónica tiene que ser propositiva y trascender la autoimagen antagonista de los sectores alternativos al *establishment* de la modernidad capitalista, entre los que cabe mencionar dos grandes sectores: los gobiernos posneoliberales y los movimientos antisistémicos, ambos

con diversos subsectores en lo interno; adicional a estos están las comunidades indígenas, que no son ni posneoliberales, ni antisistémicas, pero sí fundamentales. Se trata, entonces, de superar la dicotomía de la autoimagen antagonica a partir de las analogías y puntos en común o comunales. Para analizar este problema, el escenario es *Abya Yala*, territorio desde donde se han ensayado las más diversas y avanzadas propuestas tanto posneoliberales como antisistémicas. En ese sentido, también puede ser donde se diriman los antagonismos producidos a lo interno de estas propuestas alternativas.

Una expresión política de un movimiento antisistémico es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el cual surgió en 1994 como rechazo al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en México. Los movimientos de esta naturaleza en *Abya Yala* son “claramente el frente de vanguardia mundial de los movimientos antisistémicos de todo el planeta” (Aguirre Rojas, 2012, p. 15) por su alto grado de autonomía y creatividad. Comprendemos el concepto de “movimientos antisistémicos” tal como lo desarrolló Aguirre Rojas (2012):

(...) los movimientos antisistémicos serán entonces aquellos que, además de luchar contra todas las expresiones del mundo capitalista, luchen también en contra de todas las estructuras y realidades vinculadas a ese sistema clasista de la sociedad, y más allá, combatan también frontalmente a todas las manifestaciones de ese sistema [...]. Y dado que durante cinco siglos, el capitalismo refuncionalizó, incorporó a su lógica y funcionamiento general, y se benefició directamente de estas relaciones y estructuras [...] por ejemplo un racismo capitalista, un patriarcado burgués, una jerarquía cultural funcional al capital, o una modalidad burguesa moderna de relación instrumental con la naturaleza, entre muchas otras (p. 19).

Por otro lado, una expresión política de un gobierno posneoliberal fue el de Venezuela a partir de 1999, con la victoria electoral de Hugo Chávez y los cambios constitucionales que se efectuaron. Como diría Arkonada & Klachko (2016), en Venezuela, para la fecha señalada, se da un giro a la izquierda, lo que daría inicio al llamado “ciclo progre-

sista”. Para estos autores, a partir del triunfo de Chávez se empieza a “atravesar caminos posneoliberales”, y estemos de acuerdo o no, lo cierto es que se “abrió la senda del cambio” (2016, p. 18). También, habría que reconocer las derrotas y errores que conlleva todo proceso político. Con Chávez se dieron varios cambios significativos, es cierto. A partir del 2004 se declaró antiimperialista el proceso, y adoptó como teoría el socialismo del siglo XXI, el cual no terminó de nacer cuando ya le estaban deseando la muerte en la cuna. Uno de los desatinos, sin embargo, fue poner toda la esperanza, en particular para cubrir las asistencias sociales, en función del rédito de los *commodities*, lo que hizo al proceso dependiente del vaivén de la economía mundial de los países del centro de la modernidad capitalista.

Ante esto, podríamos afirmar que aquella fue una década ganada, pero no debemos ser totalmente optimistas en pensar que las transformaciones y avances son irreversibles del todo. El caso insigne es Argentina, en donde Mauricio Macri nuevamente dejó al país en manos del neoliberalismo salvaje; con el nuevo Gobierno de los Fernández, se dieron dos pasos adelante y uno atrás. Es necesario profundizar más en los procesos e institucionalizarlos de tal forma que no se puedan revertir fácilmente.

Ahora bien, si nos ubicamos en un contexto actual, nos daremos cuenta de ambas experiencias, la posneoliberal y la antisistémica, están siempre ensayando alternativas en el marco de la modernidad capitalista. Por un lado, para las elecciones de 2018, el EZLN y el Congreso Nacional Indígena lanzaron la candidatura de la compañera María de Jesús Patricia Martínez, del pueblo *náhuatl*, a la presidencia de México (Enlace Zapatista, 2017); y por otro, en Venezuela el presidente Nicolás Maduro, en plena crisis, convocó a una Asamblea Nacional Constituyente, pasando de la defensiva a la ofensiva; en éste caso sólo las elecciones populares dirimirán la legitimidad del Gobierno o la oposición; aunque ser mayoría no es sinónimo de tener la razón. En el caso de México vemos claramente la yuxtaposición entre una alternativa que busca ir más allá del neoliberalismo a secas, como el partido Morena (buscando sacar del gobierno a quienes Andrés Manuel López Obrador ha llamado la “mafia en el poder”, sin lograrlo totalmente) y un movimiento antisistémico

como es el EZLN, con su propuesta de otra política. En este caso, un acercamiento entre los sectores tendría en potencia una capacidad transformadora inimaginable. Pero no es lo real, por lo tanto, habrá que preparar el terreno a partir de lo posible; eso equivale heterogéneamente para todos los casos similares en otros contextos.

En resumidas cuentas, estos son los sectores que queremos contrastar analógicamente. Además, pensarlos en términos estrictamente tácticos y estratégicos. Necesitamos politizar en buen sentido la teoría. Lo más habitual es abstraernos de la política fácticamente y analizar la cuestión en blanco y negro, donde los sectores se sitúan desde su autoimagen cómodamente antagónica sin buscar la factibilidad para las transformaciones necesarias. Habrá que matizar en algunos casos e hilar muy fino cada argumento para no herir las sensibilidades, las cuales están a flor de piel. La experiencia política alternativa en *Abya Yala* no se agota, como decíamos, en estos dos sectores, ni en sus sub-sectores: también están las comunidades indígenas que no son necesariamente movimientos antisistémicos, ni gobiernos posneoliberales. Esta matización de las comunidades es importante porque escapan de estas nomenclaturas, y son fundamentales para una alternativa real y factible; ellas contienen sabiduría ancestral milenaria (sobre este aspecto insiste constantemente Juan José Bautista Segalés). Por lo tanto, es más apropiado hablar de alternativas en plural.

Como hemos puntualizado, ambas experiencias –la antisistémica y la posneoliberal en *Abya Yala*– son recientes, pero tienen una carga histórica de vieja data, la cual se renueva en diversas experiencias que articulan nuevas lógicas de resistencia en el discurso y la *praxis*. Por otro lado, las comunidades que escapan a estas dos nomenclaturas tienen una dinámica muy otra –distinta por su contenido auroral no moderno– que va más allá de la modernidad capitalista que nos avasalla social y ambientalmente de forma irreversible. Ante esto, la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París, por ejemplo, lo único que hace es explicitar la dinámica depredadora de la modernidad capitalista, encarnada en ese país en tanto es el más poderoso del mundo; se trata de una crisis de hegemonía, tal como lo ha demostrado el libro coordinado por Marco Gandásegui (2007).

Es necesario dar el paso cuantitativo y cualitativo, de forma y de fondo, hacia un nuevo orden mundial. A lo largo de décadas se ha condensado una buena crítica a la política del *establishment* de la modernidad capitalista; ahora tenemos que fundamentarnos en otra política posible. ¡Otro Estado es Posible! Así cómo fue posible “La Otra Campaña” del EZLN y el eslogan de “Otro Mundo es Posible” del Foro Social Mundial, también puede ser posible otro Estado, otro Gobierno, que tenga como eje rector la reproducción de la vida en plenitud y la reivindicación integral de los pueblos de *Abya Yala* y el mundo. Si pensamos que es posible pensar otro mundo y otra campaña, también es posible lo otro: el Estado, las instituciones. Es una tarea difícil pero necesaria de emprender a pesar de que todo esté en contra. Últimamente se está hablando de una Internacional Progresista y del Grupo de Puebla, pero si estas propuestas no son conscientes de lo que pasó y pasa en *Abya Yala*, desde sus entrañas, desde abajo, será muy limitado su alcance. Si sólo tienen la visión posneoliberal de los ex-funcionarios, no tendrá mucha base desde donde impulsarse.

Los dos sectores ya referidos procuran explicar teóricamente lo que están haciendo empíricamente. Por ejemplo, el EZLN o el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST), por citar algunos ejemplos concretos, desarrollan seminarios, foros y escuelas muy interesantes, de modo que empiezan a producir su propio conocimiento. Uno de los últimos esfuerzos en esa dirección son los tres tomos de *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista* del Seminario del EZLN (Comisión Sexta, s.f.), que contiene buena parte de la teoría zapatista, en particular en la *Economía Política I y II. Una mirada desde las comunidades zapatistas* del subcomandante Insurgente Moisés, y otros varios de sus trabajos, como *El muro y la grieta. Apuntes sobre el método zapatista* (Galeano, s.f). Además de la rica teoría zapatista condensada en este primer tomo, en los dos restantes también se podrá leer material interesante de compañeros y compañeras zapatistas que apoyan el proceso antisistémico.

Por otro lado, los gobiernos posneoliberales también producen conocimiento a partir de sus experiencias inmediatas. La red que aglutina

gran parte de artistas, pensadores y pensadoras es la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, la cual organiza dos actividades de alto impacto: el Premio Libertador al Pensamiento Crítico y el Foro Internacional de Filosofía. En Bolivia, desde la Vicepresidencia, se organizó el Seminario “Pensando el Mundo desde Bolivia”, que desde hace varios años viene convocando a la intelectualidad mundial de izquierda. Otro ejemplo es el Encuentro Latinoamericano Progresista organizado en Ecuador. Todas estas experiencias son de acumulación de experiencias y producción de pensamiento crítico, los mismos que no dejan de estar bajo acecho; por eso es importante institucionalizar estos espacios o tener una conciencia plena de mantenerlos.

Ambos sectores trabajan en dos dimensiones: la práctica y la teórica. Las prácticas de ambos sectores se empiezan a manifestar en principios teóricos orientadores, y la producción de teoría se empieza a manifestar en el pensamiento crítico resultado de estas experiencias que son modélicas analógica y heterogéneamente en otros contextos. Sin duda, lo práctico y lo teórico está hilvanado; por supuesto, tendrá que ser más radical para que sea funcional a los objetivos y a la factibilidad de la transformación o transición hacia otro horizonte utópico. Entre las tareas inmediatas a corto y largo plazo están promover el pensamiento crítico y prácticas alternativas ante la unidimensionalidad que impone la modernidad capitalista. Con el paso del tiempo vamos constatando la importancia de estos espacios con los cuales no se contaba en décadas anteriores. En ese sentido, tanto los gobiernos posneoliberales como los movimientos antisistémicos han aportado enormemente. Pero también necesitamos seguir indagando en las mismas experiencias ancestrales de nuestras comunidades indígenas.

El problema radica, a nuestro juicio, en la reproducción de la autoimagen antagónica de los dos sectores en cuestión. Cuando decimos autoimagen antagónica, entendemos la imagen que uno mismo se produce de lo que considera diferente, en forma y/o contenido; mientras que lo antagónico lo entendemos como el elemento repelente a esa diferencia. De tal forma que, en esta situación, la posibilidad de un acercamiento estratégico entre los sectores es técnicamente imposible, pues parten de

las diferencias, no de las analogías. En lo interno de los sectores se adoptan posiciones subjetivas que incluso reproducen con mayor potencia la autoimagen antagónica. Nuestra propuesta, en cambio, es contrastar las partes de una forma analógica, centrándonos más en los puntos en común y comunales que en las diferencias realmente existentes, pero que tienen que subsumirse. Ambas partes tienen por separado gran capacidad, en una alianza estratégica se redoblaría esa capacidad, contendría mayor potencia y sería un elemento definitorio en los procesos políticos en curso. En la medida que avancemos en el análisis matizaremos entre las partes y no soslayaremos la existencia de otro elemento distinto, como lo son las ya mencionadas comunidades indígenas. Aún hay muchos grises que pasan desapercibidos por la reproducción de la autoimagen antagónica.

Usamos el concepto de posneoliberalismo –a partir de la definición de Emir Sader (2008)– englobando en un sentido amplio a gobiernos como los del Brasil bajo el mandato de Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) y el de Dilma Rousseff (2011-impeachment), así como Venezuela y Ecuador, entre otros. El primero de estos gobiernos está inmerso en un proceso complejo de corrupción generalizada. Venezuela, por otro lado, se halla en medio de un caos social con injerencia externa y una oposición interna conservadora que se ha valido de todas las herramientas legítimas y no legítimas para derrocar sin éxito al gobierno de Nicolás Maduro. El tercero, finalmente, ante la victoria de Lenin Moreno, está en contradicción con la Revolución Ciudadana encabezada por Rafael Correa, que salió con un amplio margen de aceptación pero que ahora está siendo procesado judicialmente. Vemos, en este último caso, un rasgo de la contraofensiva conservadora de judicializar amañadamente la política.

Ahora bien, estos procesos complejos de desestabilización por los cuales están pasando los gobiernos posneoliberales, llevaron a cuestionarse sobre el final de ciclo que llamaron progresista. En este sentido, la revista *América Latina en movimiento* (vol. 510, de diciembre de 2015) se ocupó precisamente de la pregunta ¿Fin del ciclo progresista? En este número se compararon puntos de vistas distintos que vale la pena revisar, pues ésta pregunta presupone cuestiones interesantes. El progresismo, en su

definición más estrecha, haría referencia al hecho de que se progresa, lo que difiere del *establishment*; de ser así, entonces, si llegó a su fin, se estaría reconociendo inconscientemente que se progresó y que de alguna u otra forma se tenía una posición contraria a las políticas conservadoras y neoliberales. Para otros, en cambio, éste sería otro tiro al aire, como el fin de la historia de Francis Fukuyama. En nuestro concepto este ciclo se explica de forma sencilla con la siguiente fórmula: dos pasos adelante y uno atrás. Lo indudable es la acumulación de experiencias que fortalecerán los procesos políticos en curso y los del futuro.

La autoimagen antagónica de la que hemos hablado, se refleja claramente en la disputa entre los teóricos y militantes de los gobiernos posneoliberales contra los post extractivistas, y viceversa. Estos últimos son “los autores, activistas y algunos ex ministros que, en pleno boom de los precios de las materias primas, alejados de los gobiernos neo-libs o nac-pops, gente como Eduardo Gudynas, Maristella Svampa, Alberto Acosta, Carlos Monge, Edgardo Lander, Raúl Prada Alcoreza, han advertido de los males sociales, ambientales y económicos de las políticas extractivistas” (Martínez Alíer, 2015). Siguiendo a Joan Martínez Alíer, los posts extractivistas cuestionan las políticas extractivistas de los gobiernos posneoliberales, y sus controversias se dan, entonces, con los que vendrían a ser los intelectuales orgánicos comprometidos con los gobiernos posneoliberales, como Álvaro García Linera, Katu Arkonada, Atilio Borón o Emir Sader, quienes matizan las políticas extractivistas y señalan lo difícil que es transitar hacia un nuevo modelo de matriz económica no dependiente de las materias primas, enfatizando en que sí hay avances, pero escalonados, por fases, si se quiere; en el caso de Bolivia y Ecuador, con elementos constitucionales enmarcados en una nueva relación con la Pachamama, lo que es fundamental. Esto, sin embargo, no evita que estos gobiernos presenten ambivalencias, lo cual es precisamente un caldo de cultivo para los posts extractivistas, quienes arremeten directamente contra estos gobiernos, incluso llegando a debates en ocasiones subjetivos, perjudicando terriblemente la posibilidad de alcanzar una potencial solución estratégica que contemple un acercamiento entre los sectores.

Cabría resaltar que la subjetivación de las posiciones limita cualquier potencial diálogo analógico que hiciera fáctico el paso decisivo hacia una fundamentación positiva de la política, en la cual esté contenido un nuevo orden político que subsuma aspectos de las alternativas neoliberales como antisistémicas. Se requiere pensar en términos estrictamente estratégicos para crear las condiciones reales de factibilidad que desaten el potencial diálogo analógico que permita un acercamiento entre los sectores. Esto, desde luego, no tiene que ser inmediato ni siguiendo únicamente los tiempos electorales en los países donde coexisten ambos sectores; se trata de estar pendientes de procesos políticos y no únicamente de elecciones. Lo que planteamos aquí, entonces, es la preocupación latente de que esta tarea es de mayor aliento, más allá de la inmediatez de alguna coyuntura, a pesar de que un acercamiento entre los sectores sería definitorio para empezar el complejo proceso de fundamentarnos un nuevo orden político o transitar hacia un nuevo horizonte de vida. *Grosso modo*, esto último sería compartido por ambos sectores, e incluso hasta por las comunidades, pero estamos lejos de llegar a consensos incluso en cuanto a qué entendemos por otra forma de hacer política o cuál sería su contenido.

Es difícil llegar a un acuerdo con respecto a que las políticas posneoliberales son otra forma de hacer política. En el mejor de los casos, un gobierno posneoliberal es diferente a uno conservador neoliberal sin más, como el de Panamá, donde con un crecimiento económico sostenido aún se carece de un sistema de educación público con plena cobertura nacional. En cambio, en el caso de Venezuela, en el caso de la educación secundaria, para el 2014 la cobertura alcanzó un pico de 74.8%; este índice comenzó a subir significativamente a partir de 1999, mientras que en la década del setenta estaba por debajo del 30%, según datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Se ve claramente la diferencia.

Por otro lado, en el discurso es también clara la distancia que los gobiernos posneoliberales marcan con la hegemonía (hoy en decadencia) de Estados Unidos, lo cual no es poca cosa en el orden mismo del discurso, aunque es claro que esas diferencias e intervenciones no tienen el alcance

para ser consideradas como otra forma de hacer política, o más lejos aún, como un nuevo contenido positivo; menos aún un nuevo orden u otro horizonte utópico. Por el contrario, aún operan dentro de los márgenes de la modernidad capitalista y, peor aún, no la cuestionan como tal; los más optimistas, en todo caso, hablan que es lo tácticamente posible. Lo importante, consideramos, es la problematización del tema, pues es central para el debate político propositivo. En este sentido, podemos decir que muchas de las políticas de los gobiernos posneoliberales ya apuntan a salirse de los márgenes de la modernidad capitalista, totalmente dinamizados por las políticas neoliberales. En el orden del discurso están en contra del sistema capitalista y proponen una relación ecológica armoniosa con la *Pachamama* que, no obstante, tendría que materializarse, ser fáctica y no quedarse en la normatividad.

Es importante advertir que no debemos confundir una fundamentación positiva con positivismo (como el de Comte) o con algo simplemente positivo; por el contrario, una fundamentación positiva es la subsunción de la crítica negativa de toda la política producida por la modernidad capitalista, que también es una crítica al gobierno y al Estado producido por ésta misma. Por lo tanto, una fundamentación positiva busca ser propositiva y transcendental al estado actual de cosas, y extenderse a otro nuevo estado de cosas, contemplando los dos ejes rectores que señalamos arriba (la reproducción de la vida en plenitud –en comunidad– y la reivindicación integral de los pueblos de *Abya Yala* y el mundo); eso sería el nuevo orden mundial que hoy, sin embargo, nos parece utópico, pero que es realizable en la medida del surgimiento de una alternativa real y factible para la cual es impostergable el acercamiento de los dos sectores alternativos aquí analizados, los cuales tendrían que sofisticar sus propuestas y en algunos casos radicalizar sus posicionamientos para la realización plena de los dos ejes rectores. No se puede dejar por los márgenes, además, a ese otro sector que no es ni lo uno ni lo otro: el de las comunidades indígenas con otras ontologías y horizontes, pero truncados por esa modernidad capitalista.

## II. Más dialéctica, menos dicotomías

Eso sería lo deseable, pero no lo real. El antagonismo entre las alternativas es constatable y no existe ninguna condición de posibilidad, en un futuro próximo, para un acercamiento; por el contrario, se tensan más las posiciones. Este tipo de situaciones donde se repelen las partes es moderno, priman las dicotomías. El idealismo alemán, por ejemplo, fue una crítica a esa dicotomía moderna, en donde Fichte propuso la triada dialéctica de la tesis, antítesis y síntesis; con Hegel esta dialéctica se sistematizó. En la actualidad deberíamos subsumir esta dialéctica y radicalizar en la medida que nos propongamos salir de la modernidad en sí. Bajando (como en un viaje de retorno desde lo abstracto) el nivel de análisis a puntos más concretos, es necesario señalar que los mismos denunciantes de las dicotomías, de lo blanco y lo negro, son los mismos que las reproducen, incluso con mayor fuerza. La reproducción de la subjetividad es inevitable en ese sentido. El criterio objetivo de las tácticas y estrategias políticas para los cambios, sólo se logra con la formación científica y humanística capaz de producir una conciencia crítica: en política es lograr consensos mínimos para potenciales oportunidades. Eso sería un peldaño más hacia el fundamento fáctico de un horizonte político alternativo, pues si nos quedamos con la autoimagen antagónica será más de lo mismo, donde cada uno reproduce su autoimagen antagónica con la contraparte. Hay que tensar la realidad de lo inevitable con lo deseable.

Tenemos que aclarar la dinámica de este paso necesario, es decir, de un nivel I de crítica (negativa) a un nivel II, una fundamentación positiva con nuevo contenido, de modo que sea una alternativa real para un nuevo orden político. Para funcionar se requiere una actitud abierta. Al respecto, Leonardo Boff ha dicho algo interesante pensando en el contexto brasileño: que a veces lo que falta es buena voluntad (Boff, 2017), lo cual hay que ubicarlo en nuestro problema para trascender la dicotomía de la autoimagen antagónica de los sectores. Es necesario, entonces, avanzar sobre los puntos de convergencia y no detenerse en las divergencias, más que para aclarar los puntos ciegos. Los puntos en común siempre están allí y son los enlaces necesarios para un

diálogo analógico. Hay que suspender, por cuestiones tácticas, los razonamientos que oscurezcan el acercamiento entre los sectores, pese a que la balanza de la razón en momentos esté del lado de alguna de las partes. No existe una fórmula, pero se requiere voluntad creadora, una condición sin la cual no habrá cambios ni transformaciones, ni transiciones.

En la coyuntura actual debemos hacer una lectura minuciosa de los hechos locales y globales. Como diría Boaventura de Sousa Santos (2017, p. 263): “la reforma política no tiene valor en sí misma. Su objetivo es facilitar la revolución democrática en las relaciones económicas, sociales, culturales e internacionales”. Actualmente, los países donde se están ensayando más propuestas en esa dirección, unos con más éxitos que otros, y donde hay mayor conflicto, son Venezuela, Bolivia y Ecuador; casos en los que hay una “nueva derecha” más sofisticada y con mayores ambiciones, apoyada exógenamente, dispuesta a disputarse todos los espacios políticos, incluso aquellos que no eran parte de sus prácticas, como en efecto vemos en la disputa en las calles que tiene lugar Venezuela. Esos son espacios que antes eran territorios ganados por los movimientos sociales, los cuales, en algunos casos, se cohesionaron con los gobiernos posneoliberales. Esto muestra que no se tiene que estar de acuerdo en su totalidad con estos gobiernos; incluso se podría hacer una oposición constructiva, sin caer en el juego de los sectores conservadores.

En los tres países que indicábamos, entonces, se evidencia lo que Gramsci llamó el paso de la guerra de movimiento a la guerra de posición (2013: 292). Este paso es decisivo en política, pues es así cuando se pasa de la defensiva a la ofensiva, siempre con el riesgo de perder, pero a su vez de reforzar, la hegemonía de un sector. En ese sentido, por ejemplo, vemos cómo Evo Morales en Bolivia quiso dar un paso definitorio, pero perdió el referendo de reelección y la situación desencadenó en un golpe de Estado; ahora tendrá que re-pensar toda la estrategia, pero sin prescindir del elemento electoral, pues éste es un mecanismo democrático del cual por el momento no se puede prescindir. El caso de Venezuela es el más sofisticado, pero el que también

tiene mucho que perder y todo por ganar (afianzar las bases y sumar a los ciudadanos en general). Además, al tener una de las mayores reservas de petróleo en el mundo hace que éste en el ojo de la tormenta, lo que no le impidió lanzarse al ataque frontal. En estos países se requiere de lo que señaló Gramsci: “cualidades excepcionales” y además un “espíritu de invención” para enfrentar los retos venideros.

Ahora bien, para seguir en la definición de lo que son los gobiernos posneoliberales, usaremos a uno de los intelectuales más comprometidos con estos procesos, Emir Sader, quien cuenta con una amplia labor periodística y teórica enfocada a la defensa de los gobiernos posneoliberales. Ya en el 2008 nos advertía al respecto:

Venezuela, Bolivia, Ecuador [...] avanzan en una dirección de *ruptura del modelo*. Yo diría que esos países –más particularmente Bolivia, pero los otros también– transitan por *la vía de una tercera estrategia de la izquierda*. La primera estrategia fue la tradicional, espontánea, de reformas. Reformista, porque era de mejoría gradual sin cuestionar el poder del Estado, sin cuestionar la idea de ruptura del sistema dominante. Que tuvo en el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile la experiencia más avanzada y demostró, aun allí, límites insuperables. La segunda estrategia fue la de guerra de guerrillas, de lucha armada. No hay que discutir si es buena o mala, ya que simplemente es inviable hoy día: en la actual correlación internacional de fuerzas, si un movimiento social o una fuerza política –el MST, el PT, los zapatistas, la CTA– militarizaran los conflictos, serían masacrados. Porque la correlación de fuerzas militar nacional, regional, mundial, no posibilita ni plantearse el tema. Ahí está lo de Colombia y la evaluación que ha hecho Hugo Chávez sobre la inviabilidad de la lucha armada en el período actual que vive América Latina. Es una estrategia que no está en el horizonte, no porque no pueda ser justa la rebelión armada de un pueblo, sino porque simplemente no es efectiva ni factible, sería contraproducente. *La tercera estrategia, si tomamos Bolivia, Ecuador o Venezuela, por ejemplo, es una combinación de varios elementos: sublevación popular, salida electoral y refundación del Estado. Parten fuera de los límites estrictos de la institucionalidad, llegan a una*

*solución política y, sin embargo, no tratan de transformar la sociedad con el Estado existente: buscan refundar el Estado alrededor de la esfera pública, de su democratización conforme a las características del país, multicultural, multiétnico, etc. Es una nueva estrategia que combina elementos de sublevación popular con elementos de salida política” (Sader, 2008, pp. 20-21).*

Esta es una de las mejores caracterizaciones de los gobiernos posneoliberales. El problema consiste, a nuestro juicio, en la relación dicotómica que mantiene con la autoimagen antagónica en referencia a los movimientos antisistémicos, lo que se suma al neoliberalismo como enemigo natural. En ese sentido, una limitante para esa tercera estrategia es la tensa y ya normalizada situación de confrontación de los sectores alternativos que contienen ideas y experiencias para una refundación del Estado. Lo latente, en ese sentido, es que no se tiene la intensión de un diálogo analógico entre los sectores alternativos, el cual sería vital para esa tercera opción trascendental al actual orden vigente: una tercera opción de consenso en el marco de las alternativas, pero de ruptura total con el establishment de la modernidad capitalista (no es la tercera vía de A. Giddens). Los gobiernos posneoliberales deben tomar como propias las luchas –incluso las más radicales– que se emprenden desde abajo, desde los movimientos antisistémicos y desde las otras ontologías de las comunidades indígenas. Como diría João Pedro Stedile: “no abandonar las calles” (2017), pues ellas son el elemento cohesionador de las luchas políticas en curso. Incluso, para el caso de Brasil, en el hipotético caso de que alguna alternativa de la derecha gane las próximas elecciones del 2022, sería un error abandonar las calles, pues éstas son un espacio político en disputa, como lo demostró en su momento la experiencia venezolana de la oposición.

El diálogo analógico es, pues, una primera condición de factibilidad para esa fundamentación (positiva) con un nuevo contenido de la política, es decir, para un nuevo horizonte utópico de vida. Pero tiene que ir en varias direcciones, ya que no es que un sector sea el emisor y otro el receptor, sino que ambos tienen que escucharse mutuamente para aprender de las experiencias de arriba y abajo. Este

diálogo tiene que ser polimórfico, requiere de acciones con contenidos nuevos; como decíamos: no hay recetas. En este sentido, con acciones queremos decir ejercicios prácticos de tareas en común, de modo que en ambos escenarios en los que se mueven los sectores y subsectores, se analicen los resultados a corto plazo y planifiquen a largo plazo estrategias de reivindicaciones de mayor envergadura, en la medida en que se establezcan objetivos vinculantes que se puedan operacionalizar en función de los ejes rectores: la reproducción de la vida plena y la reivindicación integral de los pueblos de *Abya Yala* y el mundo. El mediano plazo es central para las evaluaciones de estas acciones. Lo único que falta es la voluntad política y creadora de asumir esta carga histórica; ya se cuenta con las experiencias con resultados concretos: la disminución de la pobreza e indigencia, en el caso de la mayoría de los gobiernos posneoliberales; en el caso de los movimientos antisistémicos, como el EZLN, un alto nivel de autonomía. De esa manera, en la experiencia misma se empezarán a visualizar los puntos que hoy nos parecen ciegos.

Para añadir otro elemento, hay que decir que los gobiernos posneoliberales son aquellos que tienen un piso social con el que se busca no permitir el aumento de pobreza e indigencia. Tienen piso, pero no tienen techo. Es decir, la acumulación de capital continúa como en cualquier otro gobierno neoliberal. Además no son lo suficientemente enérgicos, tal cual deberían serlo, en promover una relación armoniosa con la *Pachamama*, a pesar de que es innegable un gran avance al elevar a rango constitucional el *Buen vivir*, lo que sucedió tanto en Ecuador como Bolivia. Eso presupone un compromiso ecológico que en los países neoliberales ni siquiera es planteado. En el caso de Venezuela, en el Decreto N° 2831 que convocó a una Asamblea Nacional Constituyente, explícitamente se habló de “la preservación de la vida en el planeta, desarrollando constitucionalmente, como mayor especificidad los derechos soberanos sobre la protección de nuestra biodiversidad y el desarrollo de una cultura ecológica de nuestra sociedad” (Presidencia de la República, p. 3). De esta manera, si bien en los tres casos referidos hay avances significativos en reconocer la necesidad de una nueva relación con la *Pachamama*, se requiere mayor beligerancia a la hora de impulsar una cultura ecológica armoniosa.

Pero las críticas apasionadas le vienen muy bien a la oposición de estos gobiernos. No debemos perder de vista que estamos buscando una alternativa –mediante al diálogo analógico factible– que supere la dicotomía de la autoimagen antagónica de los sectores. La dicotomía es la exaltación de la yuxtaposición. En la superación trascendental de la dicotomía está contenida la posibilidad o no de dar el paso hacia una política con un nuevo contenido, que tenga la vocación de llegar al poder (arriba) y refundar el Estado para darle un nuevo contenido; sin perder ni un ápice de la radicalidad que está contenida en las luchas (de abajo) de los movimientos antisistémicos.

Nos proponemos, entonces, rescatar en su justa dimensión los presupuestos teóricos y prácticos de los sectores con sus respectivas propuestas, críticas y autocríticas. Esto último hace mucha falta. La “solidaridad incondicional” de la izquierda también es un punto flojo, como diría Edgardo Lander (Natalia Uval, 2017); hasta allí compartimos su crítica. Muchas veces el simplismo empeora las cosas; la crítica mal intencionada también. Desde los gobiernos posneoliberales es muy frecuente escuchar –como señala Raúl Zibechi en uno de sus últimos artículos–, que “todos los problemas que afrontan los gobiernos progresistas son culpa del imperialismo, las derechas, la OEA y los medios” (2017). La situación es más compleja, así que habrá que explicar el cómo, por qué y para qué de lo que acontece. Los análisis en blanco y negro le hacen flaco favor al pensamiento crítico. Del mismo modo, otra cuestión habitual es leer y escuchar desde los diversos sectores agravios gratuitos e innecesarios, lo que genera, a lo largo de los años, que éstos se van introyectando en la subjetividad al punto de que se traduzcan en actitudes antagónicas *a priori* ante cualquier acercamiento; esto a pesar de que en el horizonte ambos proyectos –lo posneoliberal y antisistémico– tienen puntos en común que los podrían impulsar para la formulación de un nuevo horizonte utópico.

Ambos sectores, por tanto, tienen en su interior propuestas que son analógicos, pero que se manifiestan antagónicas. A lo largo de la década ganada por los gobiernos posneoliberales, se logró formar un tipo de consciencia a partir de las diversas formas de educación

popular, crítica y alternativa que desarrollaron; gracias a eso, ahora, pese a sus limitaciones, hay un acervo crítico que le hace contrapeso al *establishment* en campos que antes dominaba en solitario. Ahora los medios de comunicación masiva y los espacios de producción de conocimiento, son espacios en disputa, a pesar de que el *establishment* aún es dominante. Ahora podemos contar con espacios académicos críticos como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y muchos otros, que hacen contrapeso a las universidades y *think tank* conservadores y neoliberales, los cuales encubren bajo el encanto de la “objetividad”, la verdadera diversidad epistémica que buscamos, esto es, las que nos ofrecen los movimientos antisistémicos, los gobiernos posneoliberales y las comunidades indígenas que son la verdadera pluriversidad necesaria para la transición hacia el nuevo momento.

En todo este largo proceso, entonces, en algunos casos se logró mayor nivel de conciencia popular y crítica; en otros no tanto: aún es muy fácil la manipulación mediática de las masas. Todos conocen el poder de la pantalla, como lo pintó George Orwell en su distopía *1984*. Es la coyuntura propicia para discutir los problemas de fondo, como la formación de una conciencia popular y crítica. Todos recordarán que Frei Betto renunció al gobierno de Lula por no lograr la emancipación mediante las políticas públicas del Estado con el programa “Hambre Cero”, que si bien sacó a miles de la pobreza y la indigencia no logró el nivel de conciencia requerido para la emancipación. Por otro lado, para ver un ejemplo en el que se puede constatar un trabajo de base ante el *establishment*, puede verse el gobierno posneoliberal de Hugo Chávez, en el que hubo transformaciones significativas.

### **III. Hacia un nuevo momento**

Es muy cómodo quedarse en el nivel I, el de la crítica negativa, pues es un estado de *confort* en el que sólo hay que reproducir con argumentos y/o presuposiciones nunca ausentes en la autoimagen antagonica. Los prejuicios, algunos hasta subjetivos, imposibilitan un acercamiento

entre los sectores; pero es necesario avanzar al nivel II que exige una fundamentación positiva de la política, con un nuevo contenido. Es difícil pero posible, con voluntad creadora y diseños alternativos que, dicho sea de paso, todos los pueblos y comunidades de *Abya Yala* tienen en potencia. Algunos podrían afirmar, sin embargo, que no es posible porque tanto el Estado como la política y el gobierno tienen un contenido moderno del que no se pueden desprender, y que este contenido es de una civilización de la muerte; por lo tanto, necesitamos ir en sentido contrario. Pero es por eso mismo que buscamos darle un nuevo cometido radicalmente distinto, pues consideramos que sí es posible otro mundo posible (FSM) u otra campaña (EZLN), entonces, también es posible otra política, otro Estado, otro gobierno. Es decir, hacer las cosas de otra manera.

Estamos en tiempos de creación heurística. Son tiempos políticos difíciles que requieren un nuevo conocimiento más allá de las dicotomías producidas por la modernidad capitalista. Si no tratamos al menos de explicar esto efectivamente, nos quedaremos bordeando las dicotomías sin siquiera intentar superarlas. Estamos en una etapa de irreversibilidad, con todas sus contradicciones, en la que tenemos que crear alternativas que sean factibles. Las dicotomías desaparecerán cuando ese nuevo contenido de la política emerja al calor de lo mejor de las propuestas: de los gobiernos posneoliberales, los movimientos antisistémicos y las comunidades. En este sentido, Hegel (2017, §10, p. 8) diría: el “fluir, constituye al mismo tiempo otros tantos momentos de una unidad orgánica, en la que, lejos de contradecirse, son todos igualmente necesarios, y esta necesidad es precisamente la que constituye la vida del todo”. Es lo que podríamos llamar la unidad en la diversidad. Esa es la llave que nos abre las puertas para darle un nuevo contenido a la política, donde coincidan en su diversidad todos los sectores de la alternativa efectivamente real para un nuevo horizonte utópico en que los ejes rectores sean la reproducción de la vida en plenitud y la reivindicación integral de los pueblos de *Abya Yala* y el mundo. Sin duda se requiere un pensamiento nuevo, pluriversal, que subsuma todas las experiencias cosmológicas y contemporáneas.

## Referencias bibliográficas

- Aguirre Rojas, C. A. (2010). *Movimientos antisistémicos: historia y evolución del concepto*. México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM.
- \_\_\_\_\_. (2012). *Movimientos antisistémicos. Pensar lo antisistémico en los inicios del siglo XXI*. Rosario: Prohistoria.
- Arkonada, K. & Klachko, P. (2016). *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes de cambio de época en América Latina*. La Habana: Caminos/PT-México.
- Benjamin, W. (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Contrahistorias.
- Boff, L. (2017). *La buena voluntad que falta en el Brasil de hoy*. Koinonia. 30 de mayo.
- Comisión Sexta, (s/a). *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista I*. Chiapas: EZLN.
- Enlace Zapatista (2017). *Llegó la hora*. México: EZLN.
- Gandaségui, M. (coord.), (2007). *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*. México: CLACSO/Siglo XXI.
- Galeano, M. (s.f.). *El muro y la grieta. Apuntes sobre el método zapatista*. México: EZLN.
- Gramsci, A., (2013). *Antología*. México: Siglo XXI.
- Hegel, G. W. L. (2017). *Fenomenología del espíritu*. México: FCE.
- Martínez Alier, J. (2015). “Sudamérica: el triunfo del post extractivismo en el 2015”. En: *La Jornada*. México, 21 de febrero.
- Presidencia de la República. (2017). “Decreto N° 2.830”. En *Gaceta oficial de la República Bolivariana de Venezuela*. Venezuela. 1 de mayo.
- Sader, E. (2008). *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CTA/CLACSO.
- Stedile, J. P. (2017). “Brasil: “elecciones directas ya, y un plan popular de emergencia”. Entrevista”. En *SinPermiso*. 20 de mayo.
- Santos, B. D. S. (2017). *Democracia y transformación social*. México: Siglo XXI/ Siglo del Hombre Editores.

- Uval, N. (2017). “Sociólogo venezolano cuestiona la ‘solidaridad incondicional’ de la izquierda latinoamericana con el chavismo”. En *La diaria*. Uruguay. 23 de marzo.
- Zibechi, R. (2017). “La era de la ingobernabilidad en AL”. En *La Jornada*. México. 28 de abril.